

El impacto económico de la guerra de Irán



**Prof. Dr. Dr. h.c.
Lars P. Feld**

Universidad de
Friburgo y Walter
Eucken Institute

Foto: Jigal Fichne / @Walter Eucken Institut

Diez días después del inicio de la guerra contra Irán, empezamos a vislumbrar las posibles consecuencias para la economía mundial. El optimismo inicial de los mercados —basado en las declaraciones del presidente Trump, que afirmó que el conflicto se resolvería en cuatro semanas— está dando paso a una visión más realista, ya que es probable que la situación tarde más de un mes en estabilizarse. Sin embargo, un conflicto que se prolongue durante varios meses provocaría disrupciones mucho más profundas para la economía mundial.

Cada día, cerca del 20% del consumo mundial de petróleo, así como aproximadamente una quinta parte del suministro global de gas natural licuado (GNL), cruza el estrecho de Ormuz, que conecta el golfo Pérsico con el golfo de Omán. Los principales destinatarios se encuentran en Asia: China, en concreto, cubre gran parte de su demanda energética con importaciones procedentes de Irán y los países del Golfo. Alemania y otros países europeos importan la mayor parte de su energía de otras regiones, sobre todo de EE. UU. Esto implica que la seguridad del suministro no se ve tan amenazada, pero no protege a la economía alemana frente a la evolución de los precios en los mercados energéticos globales.

Los precios ya están experimentando movimientos notables. El barril de Brent, que en 2025 osciló entre 60 y 75 dólares, superó los 80 dólares en la primera semana del conflicto. En la segunda semana, rompió en varias ocasiones la barrera de los 100 dólares. Un aumento del pre-

cio del petróleo del 10% eleva la inflación en 0,4 puntos porcentuales a corto plazo y en 0,2 puntos porcentuales anuales en un horizonte a tres años. Con los niveles alcanzados en la segunda semana de marzo, el precio del petróleo ya supera en aproximadamente un 30% el máximo de 2025.

Por eso, no es descartable que la inflación aumente un punto porcentual si la guerra acaba prolongándose. A esto se le sumaría el encarecimiento del gas, que podría añadir otra décima anual a la inflación. Y no olvidemos que los países del Golfo también son un nodo clave para las cadenas de suministro mundiales. El tráfico de mercancías a través del aeropuerto de Dubái ya se ha reducido de forma significativa, y cualquier restricción en la producción china por falta de suministro energético tensionaría aún más las cadenas de suministro, lo que a su vez contribuiría a las presiones inflacionarias.

En las economías desarrolladas, un aumento de 10 dólares en el precio del petróleo reduce el crecimiento en aproximadamente 0,1 puntos porcentuales. Cuando los precios superan los 100 dólares, el impacto podría alcanzar los 0,4 puntos porcentuales, suficiente para acabar con la frágil recuperación del sector privado. En el caso de Alemania, la previsión de crecimiento del PIB, del 1%, ya incorpora aproximadamente 0,3 puntos derivados de efectos de calendario, así como un efecto estadístico de magnitud similar ligado al aumento del gasto público.

No obstante, analizar la situación desde una perspectiva más amplia puede ayudarnos a relativizar algunas de estas cuestiones. El Brent marcó su máximo histórico en 2008, con 147,5 dólares por barril, un precio muy superior a los niveles actuales. En el caso del gas, alcanzó los 316 euros por MWh en agosto de 2022, frente a los algo más de 60 euros en los que cotizan actualmente los contratos de futuros a un mes. Por lo tanto, no hay motivos para el pánico.

Tampoco parece justificado recurrir a subsidios públicos, incluso si el precio de la gasolina o el diésel superara los 2 euros por litro. El error que cometió el anterior gobierno alemán al intentar contener los precios mediante bonificaciones al combustible no debería repetirse. Del mismo modo, no deberían subvencionarse las industrias intensivas en energía, incluso si el encarecimiento del gas se trasladara al coste de la electricidad. Carecen de fundamento propuestas como los toques regulatorios que defienden los sindicatos y algunos economistas afines. Más bien, corresponde al Banco Central Europeo evitar que estos efectos sobre los precios se traduzcan en un nuevo repunte de la inflación. En este contexto, no cabe esperar nuevas bajadas de tipos.

Como tantas otras veces, la prudencia y la serenidad son los mejores aliados en un entorno geopolítico tan volátil.

Prof. Dr. Dr. h.c. Lars P. Feld